

24 horas de una vida

Prólogo

Era ya tarde cuando terminé mi trabajo. Estaba mirando a través de la ventana de mi taller cuando me di cuenta de que Valencia acababa de hundirse en la oscuridad de la noche. Mi familia debía esperarme para cenar. Me apresuraba para ordenar mi material cuando, con la precipitación, me choqué con el pedestal de mi nueva escultura y me caí con ella al suelo. Cuando abrí los ojos, no vi las miserables vigas de madera que sostenían el cobertizo sino la luz deslumbrante de una habitación de hospital...

1

Acababa de recuperarme la conciencia cuando vi a toda mi familia reunida alrededor de la cama. Vi las expresiones de preocupación en los rostros de mis hermanas y mis padres absortos en su conversación con una enfermera. Se volvieron hacia mí y vi a una mujer alta y pelirroja que me dedicó una sonrisa comprensiva. Cuando me habló, aprendí dos cosas. La primera, era que se llamaba Carmen, y la segunda, era que esta pequeña caída me había dejado una herida en la cabeza y una vigilancia total de 24 horas. El día pasó y la hora de visita llegó a su fin. Estaba comiendo cuando me di cuenta de que había otra cama al lado de mí. Pero, nadie había estado allí. Cuando vi a Carmen, le pregunté.

- Dime Carmen, ¿se supone que hay alguien en esta cama?
- Sí, debería estar aquí pronto.

Pasaron los minutos, pero aún tenía vecino. Me estaba perdiendo en las imágenes del televisor que se desplazaban frente a mí cuando sentí que mis ojos se volvían más pesados.

*

Debía ser alrededor de la medianoche cuando me despertó un gran dolor de cabeza. Intentaba encontrar una posición cómoda, cuando, de repente, la luna llena reflejó una luz brillante en mi mesa de noche. Me levanté y vi que la luz era inusual. Me sentí como si me absorbiera la visión que tenía ante mí: era hermosa, más grande y más brillante que antes. La estrella, que normalmente era de un blanco pálido y frío, parecía ser otra cosa. Era un blanco cálido y chispeante que me impedía desviar la mirada. Sentí un gran escalofrío recorrer mi cuerpo, como si algo cambiara en mí.

- ¿Está todo bien?

Apenas era consciente de lo que acababa de ocurrir cuando me encontré con dos grandes ojos verdes que reflejaban preocupación. Era una chica. Su piel era blanca y delicada, lo que contrastaba perfectamente con su pelo negro azabache. La débil claridad de la luna llena me permitió distinguir un rostro con rasgos finos y una piel que parecía tan suave como la seda. Fue cuando vi su mirada interrogativa que me di cuenta de que habían pasado cinco minutos sin que respondiera a su pregunta.

- Sí, sí... Acabo de tener un mal sueño.

Volví a mirar por la ventana, como para comprobar que no había estado soñando.

- Es la luna fría.

Me volví hacia ella sin comprender realmente:

- ¿Qué?

Su mirada parecía lejana. Me respondió con una mirada pensativa:

- Según algunos mitos, la luna fría es la causa de fenómenos inexplicables. En la mayoría de las creencias populares, solemos escuchar que la luna llena hace salir a los hombres lobos o a los vampiros, pero eso es una vulgarización de antiguas leyendas. Aunque algunos no pueden verlo, son las horas que siguen la luna fría las que revelan la verdadera naturaleza de las cosas que nos rodean. Aunque pensamos que no estamos influenciados, tiene consecuencias para todos los hombres. Sólo las mentes más creativas pueden vislumbrar las verdades de este mundo.

Las horas pasaron sin que me diera cuenta. Mi compañera de cuarto no era una gran conversadora, pero tenía la capacidad de sumergirme en pensamientos profundos y surrealistas con sólo unas pocas palabras. Era simpática pero misteriosa. Intenté varias veces saber más de ella, conocerla mejor, pero cada vez desviaba la conversación. Me intrigaba aún más porque parecía disfrutar temas abstractos, así como exponer teorías. Sintiendo la necesidad de saciar mi sed, me levanté y salí de la habitación hacia el dispensador de agua del pasillo. Estaba bebiendo cuando, por el rabillo del ojo, vi a una sombra que me pareció extraña, como la figura inmóvil de una persona que me observaba. Decidí ir en esta dirección, cuando oí un ruido por el otro lado del pasillo: era una enfermera que salía de la habitación de un paciente. Me volví de nuevo hacia la figura, pero me di cuenta de que había desaparecido.

2

Por la mañana siguiente, Carmen me despertó de forma bastante violenta. Tenía que pasar mis primeras pruebas médicas del día. En la agenda había algunas radiografías, resonancias magnéticas y una cita con el neurólogo del hospital. El hombre que me tomaba las radiografías era un hombre bastante extraño. Parecía antipático y malhumorado y se complacía en hablarme a cámara lenta como si no pudiera entender lo que decía. ¡Sé que me dieron un gran golpe en la cabeza, pero aun así... no me convertí en un flan! Me coloqué frente a la máquina de rayos X y la máquina comenzó su trabajo. Miré a mi alrededor (mientras recibía varias miradas sucias del otro malhumorado que me decía que dejara de mover la cabeza) y me fijé en una especie de pantalla grande con imágenes de mi cráneo en la cabina de observación. No puedo explicar lo que vi, pero mi visión, perturbada por los flashes de la cámara y mi considerable falta de sueño, me hizo percibir formas extrañas que aparecían dentro de mi cabeza.

-Eso es todo. Puedes volver y vestirte.

Finalmente, creo que me estoy volviendo loco...

Después de esta aventura un tanto inquietante, comer me pareció esencial para reflexionar sobre mi inestabilidad mental. Cuando volví a mi habitación, vi a Carmen sirviendo un buen plato caliente en la bandeja de mi cama. Justo lo que necesitaba. Los tres estábamos empezando a charlar con un buen guiso de carne del hospital (ojalá...) cuando vislumbré a mi compañera de cama. La luz del sol me ayudaba a distinguir sus rasgos. Primero me fijé en su piel pálida, que era tan blanca como la nieve. Su rostro era fino y suave, pero también muy frágil, como si hubiera que ser muy delicado al intentar tocarlo. Al mirarla un poco más de cerca, sentí que su rostro me resultaba familiar. Unos minutos después, Carmen se fue y nos dejó a los dos solos. Era curioso, me gustaba estar cerca de ella. Era como estar con alguien que conocí de toda la vida, podía contarle todo.

- ¿Qué será lo primero que harás al salir del hospital? me preguntó.
- Buena pregunta.... Creo que iré a mi estudio. Es el lugar donde me siento más libre para ser yo mismo y siento que tengo la capacidad de producir todo allí. ¿Y tú?
- Yo iré al mar. Nunca he estado allí.
- ¿Nunca?
- Nunca lo he hecho.
- ¿Por qué? Sin embargo, vivimos justo al lado.
- Bueno... siempre he tenido un poco de miedo al agua.
- Vale, conozco esta sensación. Mi amigo Miguel también tiene miedo de la parte profunda.
- Sí, pero en realidad...

Fue entonces cuando la llamaron para hacerle unas pruebas, dejándome sin su respuesta. Los minutos pasaron y, sin ella, me sentí un poco solo. Afortunadamente para mí, esta sensación duró poco cuando vi llegar a mis hermanas. Eran las tres de la tarde cuando vinieron a visitarme. Me sorprendió que me miraran con una mirada pícaro. Entonces se acercaron a mí y me dieron una caja de chicles.

- Aquí hermanito, toma uno. Ingenuo, cogí el primer chicle de la caja cuando, de repente, sentí que una corriente eléctrica me recorría el brazo.

- ¡Ay! ¿Qué te pasa?

Mis hermanas se reían.

- Está bien, nunca fuiste gracioso de todos modos...

-Así que sepa, hermanita, que soy un as de las buenas bromas. ¡Aquí tienes! ¿Qué dice Toto cuando va...

- ¡Para! Para, por favor... deja de hablar antes de que me pongas vergüenza.

Eso es lo que más me gustaba de mis hermanas: su humor y su ligereza. Recuperé el aliento (y mi autoestima) cuando mi hermana pequeña Luna me entregó algo más que su chicle eléctrico.

-Aquí tenemos algo para que no te aburras demasiado hoy.

Abrí el paquete que me entregó y vi una caja familiar...

- ¿Clay?

- Sí, para que puedas hacer cosas incluso en el hospital. Además, la caja es lo suficientemente grande como para compartirla con otra persona.

- Como tu "amiga", por ejemplo". Rosalía me lo hizo a mí, la más alta.

¿Mi amiga? ¿Cómo podían conocer a mi compañera de cuarto? Ni siquiera tuve tiempo preguntárselas antes de que me abrazaran y se fueran a casa.

3

Desconcertado por esta conversación, intenté por todos los medios posibles entender cómo mis hermanas sabían por mi nueva amiga. Perdido en mi reflexión, ni siquiera escuché las palabras que me dirigía:

- Esteban, ¿puedes oírme?

- ¡Oh, has vuelto! Lo siento, no te vi.

- No es nada. Dime, ¿fueron tus hermanas las que se fueron?

- Sí, son ellas. Hablando de eso, ¿estás segura de que fue la primera vez que las viste?

- Estoy segura de que no conocía a nadie antes de ti.

Después de estas palabras, decidí no pensar más en esto y me quedé con el regalo que acababa de recibir. Entonces miré a esta chica, con ojos de menta, con la que me encantó hablar durante unas horas y le pregunté:

- Oye, no sé si sabes algo de escultura, pero mis hermanas me dieron un kit con arcilla. ¿No sería genial que nos enfrentáramos a ello juntos?

Es curioso, pero me sentí un poco nervioso al preguntarle eso. El arte siempre fue una pasión para mí y no suelo dejar que la gente entre en mi mundo.

-Uh... bueno.

Esperar su respuesta me puso ansioso. Esperaba en mi corazón que no le pareciera ridículo. Empecé a pensar que era una propuesta estúpida.

- Pues sí, ¿Por qué no?

Encantado por su respuesta, comencé a explicarle los principios de la escultura. Disfruté de este momento para compartirla con ella, para mostrarle el alcance de mi pasión. Me sentí muy feliz en aquel momento.

- Oye, pero sólo pensé ¡Ni siquiera te he preguntado tu nombre!

- ... Llámame Aina.

Estábamos haciendo nuestras obras de arte (un pajarito para mí, que le regalé, y un corazón para ella), cuando un pequeño detalle me llamó la atención. Volví a mirar a mi nueva amiga y vi que sus manos brillaban. Vimos con horror cómo las manos brillantes de Aina parecían absorber la arcilla que tocaba. Pareció una eternidad, pero unos momentos después, el haz de luz se apagó.

-¿Qué acaba de pasar?

Llamaron en la puerta. Una enfermera venía a recogerla de nuevo para su última cita del día.

- Me tengo que ir.

- Pero espera...

- No te olvides de lo que te dije. Sólo las mentes más creativas pueden descifrar los misterios de este mundo.

*

Debían ser las 4 de la tarde cuando hice la última prueba del día. No podía concentrarme en lo que me decía el médico. Estaba demasiado distraído recordando los eventos que sucedieron en este hospital.

- Todo parece estar en orden. Puedes recoger tus cosas y finalmente volver a casa.

- ¿Está realmente seguro de esto?

- ¿Por qué?

- Creo que me estoy volviendo loco. En las últimas horas siento que he visto varios fenómenos extraños... ¡y además hay esta chica! ¡Me ha hablado de la luna fría o algo así! De fenómenos misteriosos... ¡y también sus manos! Empezaron a brillar y...

- ¡Cálmese, señor! No se preocupe si siente que está viendo o escuchando cosas. Ha tenido un gran golpe en la cabeza, que puede haber perturbado sus sentidos. Si a eso le sumamos la medicación que le hemos dado, es una combinación extraña. No es usted el primer paciente a quien le ocurre esto. Dese unos días de descanso y verá como todo vuelve a la normalidad.

Tiene razón. Lo que estaba experimentando debía ser el resultado de mi accidente. Probablemente me había preocupado por nada. ¡Qué genial! Me había parecido a un tonto...

4

Cuando volví a la habitación para recoger mis cosas, me encontré con la cama de Aina vacía. ¡Se ha ido! ¿Sin siquiera despedirse? Por lo menos hubiéramos tenido que hablar de lo que había pasado. Al acercarme a la cama, vi que había una carta. La abrí y no me sorprendió ver lo que estaba escrito:

"Querido Esteban,

Sé que mi salida puede parecerle un poco precipitada, pero no tuve el valor decírtelo a la cara. No puedes imaginarte hasta qué punto haber tenido la oportunidad de hablar contigo me ha permitido tener una nueva percepción del mundo. Esteban, por un día, me hiciste convertirme en otra persona. Quería darte las gracias por todo lo que has hecho. Hoy has dado un sentido a mi vida y me has permitido sentirme verdaderamente viva. Espero que me tengas cerca y podamos volver a hablar algún día.

Aina".

Ya no estaba seguro de entender lo que estaba pasando. ¿A dónde quería ir? ¿Qué debía entender? Necesitaba respuestas...

- ¡Oh, ahí estás! Al parecer, hoy te está permitido salir.

- ¡Carmen! ¡Tienes que ayudarme! ¿Sabes por casualidad dónde se alojará Aina?

- No estoy seguro de lo que quieres decir. Pensaba que ya lo sabías.

- ¿Por qué dices eso?

- Bueno, ya que los encontraron los dos en tu taller...

- ¿Qué?

- Pues sí. ¿No la conocías?

Cuanto más tiempo pasaba, más me perdía. ¿Aina estuvo conmigo en el taller? Pero eso era imposible... Recordaba que estaba solo allí. ¡Y ni siquiera la conocía! ¿Qué estaba haciendo en mi taller? Recogí mis cosas a toda prisa y me dirigí hacia la recepción del hospital. Pregunté a la secretaria si tenía la dirección de Aina, pero me dijo que no había ningún dato personal registrado en este nombre. De nuevo perdido, decidí volver a casa, totalmente confundido.

Tenía que encontrarla. Pensando en la noche anterior, recordé que ella soñaba con ver el mar. Así que decidí dirigirme hacia la playa más cercana. En el camino, me encontré con la estatua del actor Antonio Ferrandis. Esta estatua que representaba un pájaro me hizo pensar en nuestra escultura. Decidí ir a la playa cuando vi una pulsera de hospital en el suelo: era la de Aina. Así que había estado aquí. Fue entonces cuando todos mis pensamientos comenzaron a precipitarse. El aire familiar, la piel frágil y delicada, el miedo al agua, el fenómeno de la arcilla..."¡Pero sí era obvio!" Tras esta revelación, empecé a correr en dirección de mi taller. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Cuando finalmente llegué a la puerta del cobertizo, me detuve para recuperar el aliento. Una extraña sensación me invadió. ¿Realmente quería saber la verdad? Sí, debía hacerlo. Así que cogí el pomo de la puerta y entré lentamente en la habitación. Me dirigí hacia el pedestal de mi última obra, y fue entonces cuando me di cuenta.

Epílogo

UNOS MESES DESPUÉS

La sala de exposiciones del Museo del Prado de Madrid estaba abarrotada. La presión iba aumentando: era la primera vez que estrenaba una de mis obras. Me puse al lado y hablé con algunas personas que vinieron a hacerme preguntas sobre mi arte. Algunos incluso vinieron a felicitarme por hacer una representación tan realista. Un anciano se acercó a la estatua y, tras mirar la placa del pedestal, y preguntó:

- ¿Cómo se te ocurrió el nombre de esta obra?

Me quedé unos segundos mirando al grupo de personas que había delante. Es increíble ver a la gente tan interesada en lo que hacemos. Me quedé pensando unos instantes y luego dije con una sonrisa:

- Bueno... vamos a decir que se lo dio a sí misma. Lo único que sé es que "Aina" significa vida en malgache, y me parece que no podríamos haberle puesto un nombre mejor.

Me volví hacia la estatua. Su delicada piel blanca me hizo recordar los momentos que había pasado con ella. En un ataque de nostalgia, me puse a pensar:

- Hasta la próxima luna fría, Aina.

FIN